

RAMÓN PASCUAL MUÑOZ SOLER

ANTROPOLOGÍA DE SÍNTESIS



Nueva alianza co-evolutiva

A pesar de las profecías de destrucción que amenazan el futuro de la humanidad, se advierten en el horizonte del porvenir señales suficientemente significativas de un nuevo despertar de la vida, son los destellos luminosos de los hombres y las mujeres que vienen.

Las grandes conmociones que hoy padecemos a escala planetaria no son solamente de orden sociopolítico, económico o tecnológico sino de orden **evolutivo**, mejor dicho co-evolutivo, porque hemos entrado en una nueva fase de intercambio entre la materia terrestre y la conciencia cósmica. Nuestra propia fisiología “vibra” a un ritmo diferente. El “canon” antropológico ha variado. La relación del hombre con el cosmos no es la misma.

La nueva antropología no nace de una nueva teoría del hombre sino de un “acontecimiento” **en** el hombre. Su fundamento no es metafísico sino gen-ético, una “nueva alianza” entre los valores del espíritu y la química de la vida. Es desde esta doble dimensión genético/espiritual del fenómeno humano que podemos hablar de una “Antropología de Síntesis”.

Epistemología de Síntesis

Con la palabra “síntesis” se nos presenta una primera dificultad de orden semántico/epistemológico. Utilizo la palabra síntesis no como concepto sino como **símbolo**, símbolo de una nueva función que abarca en una misma unidad significativa aspectos complementarios y por momentos contradictorios de una fisiología humana en proceso de evolución trascendente.

De la antropología filosófica del pasado pasamos a la antropología “fisiológica” del futuro. Aquí ya no se trata de describir funciones ya constituidas, ni tampoco de “restos embrionarios” o “huellas fósiles”, sino de percibir “in-presiones” primordiales, “con-figuraciones de resonancia” en nuestro medio interno, señales

muy sutiles de una embriogénesis prefigurativa.

No podemos mostrar la operatoria de estas nuevas funciones orgánicas con el rigorismo a que nos tiene acostumbrados la ciencia positiva. Solo podemos dar testimonio de lo que vemos y vivimos por dentro. En este, como en otros campos de avanzada, la palabra-testimonio se anticipa al método experimental. Ya no es la ciencia explicando al hombre sino el hombre explicándose a sí mismo a través de la ciencia.

Jacques Monod, destacado biólogo, anuncia solemnemente que “se ha roto el antiguo pacto con la naturaleza”, y plantea posibilidades de una “nueva alianza”. Ilya Prigogine, Nobel de Química, ha mostrado que en procesos dinámicos “lejos del equilibrio”, lejos de la muerte térmica que determina la segunda ley de la termodinámica, se producen “fluctuaciones” de suficiente amplitud como para “quebrar” la estructura del antiguo sistema (“symmetry break”) y lanzarlo a otro ciclo cualitativamente diferente. Y Fritjof Capra, por su parte, nos habla del “Tao de la física” y del paralelismo que observa entre la mecánica cuántica y la sabiduría oriental. Todas estas, señales de convergencia entre dominios del conocimiento hasta ahora separados.

Pero, desde el punto de vista de la Epistemología de Síntesis hay que hacer algunos reparos a interpretaciones arbitrarias derivadas del llamado “paradigma holográfico”, ya sea el reduccionismo cosmológico (reducir las leyes del hombre a las leyes del cosmos) o el llamado reduccionismo tecnológico (reducir la trascendencia espiritual a una supuesta trascendencia tecnológica).

Genética terrestre y herencia cósmica

Hoy se habla mucho de desarrollo humano, de expansión de conciencia, de saltos evolutivos, sin saber demasiado bien de qué se trata. Es más fácil gritar ¡adelante que adónde!, dice Mattchett.

Las teorías de la evolución han develado algunos aspectos de la herencia biológica, pero son insuficientes para explicar el desenvolvimiento co-evolutivo de la conciencia.

Nos encontramos actualmente en un punto crítico de nuestra peregrinación terrestre en que la evolución humana pareciera detenerse. Más aún, algunos investigadores modernos nos hablan de peligrosos “reflujos” de la energía creadora, que en lugar de activar funciones más elevadas del “antropos” (lo “ultra humano” de Teilhard de Chardin) revierten su movimiento y nos precipitan en las formas regresivas y abismales del “cibernántropo” (Lefèbvre).

La biología moderna y la fisicoquímica nos dicen que “sin ruptura de simetría no hay evolución”. Pero la ruptura de simetría que hoy experimentamos a nivel individual (crisis existencial del hombre contemporáneo) y también a nivel colectivo (el sacrificio cotidiano de los inocentes) no basta para iniciar el **‘encendido’** de la materia. A muchos se les derrumba la casa, pero muy pocos salen transformados.

Ruptura de simetría implica “apertura” del sistema, una puerta que se abre, una fisura en el muro de la caverna por donde puede entrar la luz. Pero una cosa es “apertura del sistema e ingreso de la luz” y otra cosa es “alianza con la luz”.

Ilya Prigogine y su escuela han valorizado, a través de la investigación en biología molecular, estas tres fases del proceso evolutivo de la materia viva: “ruptura de simetría”, “apertura” y “nueva alianza”, pero la extrapolación arbitraria de los datos del laboratorio a la experiencia humana conduce a un reduccionismo cosmológico (teorías co-evolutivas de autoorganización: “self-organizing process”).

Es decir; al identificar lisa y llanamente las leyes del hombre con las leyes del cosmos amplifican el marco en que se desenvuelve el proceso evolutivo, pero sigue habiendo marco. Confunden apertura psicobiológica con trascendencia espiritual.

Nueva alianza, a nivel humano, es algo más que un intercambio con la energía cósmica. Es una nueva palabra del hombre frente al misterio divino, una palabra que hemos perdido en nuestra larga marcha por conquistar la tierra.

De la metafísica del conocimiento a la geometría de la vida

Si colocamos la “palabra” del hombre en el ‘centro’ de una creatividad que lo trasciende, la Antropología misma quiebra las barreras reduccionistas que le han impuesto las ciencias particulares y recupera su originaria dimensión como ciencia del hombre total, es decir como “puente” entre el misterio del Cielo y la sabiduría de la Tierra.



La función primordial de esta Antropología de Síntesis es “unir” el camino del conocimiento con el camino de la vida. Pero esta “unión”, este “enlace” ya no se realiza por una metafísica o una teología, sino por la “palabra viva” del hombre mismo. Y esta palabra “unida” a la vida del ser total (“egoencia del Ser”) es “pulso”, ritmo reversible desde el centro, movimiento alternante que traza una nueva geometría de la ciencia. La Antropología que surge de este movimiento reversible -

Antropología de Síntesis- se configura como antropología social, ecológica y cosmológica en su faz expansiva, y como antropología espiritual, trascendente y mística en su movimiento de repliegue hacia la interioridad del Ser.

Antropología fisiológica. Teoría general de las funciones humanas.

La antropología no puede reducirse a una ciencia de museo, sino que es una ciencia del ser humano viviente. No puede limitarse a estudiar los cráneos fósiles, las formas sociales de los pueblos primitivos o la estructura metafísica del ser en el mundo, sino que tiene que poner al descubierto las **funciones humanas**, es decir, aquellas funciones que son **específicas** del ser humano y que hacen posible que el hombre funcione como tal ser humano que es, y no como animal o como máquina. Más aún, la antropología debe enseñar a ver no sólo las funciones establecidas a través de milenios de evolución biológica, social y tecnológica sino aquellas otras funciones incipientes que surgen como peldaños aún invisibles de una escala “fisiológica” que tiende el puente entre el hombre terrestre y el hombre cósmico.

No quisiera detenerme en la embriología de estas protofunciones, ni en las leyes de integración, reversibilidad y analogía de las nuevas configuraciones orgánicas -temas que he desarrollado en mi libro “Antropología de Síntesis”- sino que, más bien, quisiera ocuparme aquí de la antropología de síntesis como “herramienta logotécnica” para un manejo inteligente del proceso co-evolutivo de la vida humana.

La geometría integral del espacio humano -geometría de dinámica reversible- se nos revela como ritmo alternante de cuatro funciones primordiales o protofunciones: la **unión**, la **ley**, la **fuerza**, la **forma**.

La primera función, el protomodelo de **unión**, se hace accesible a la

conciencia como un nuevo **sentir**: un claro/sentir (conciencia de sí, “egoencia del ser”).

Este sentir/unitivo se revela como “energía creadora”. Ya no se trata de una metafísica del intelecto sino de una **mística del corazón**.

No hablo de una mística como doctrina sino de una mística como “función orgánica”. Es decir, ya no como manifestación extraordinaria en las altas cumbres del espíritu sino como función que es intrínseca al ser humano -a todo ser humano- y que, como tal función, es **universal**.

Hay que rescatar esta función antropológica y cósmica de las ideologías filosóficas y religiosas que la encubren. No hay que confundir la mística -en cuanto función- con las creencias -en cuanto ideologías-.

Habitualmente se ha identificado la mística -que es una función intrínseca a la vida- con las interpretaciones dadas por las religiones acerca de la vida, y se han hecho sinónimos ‘vida mística’ y ‘vida religiosa’, pero la mística es propia de la vida y no de las religiones. El mundo moderno nos está dando testimonio de una mística no necesariamente ligada a la vida religiosa. Hay una mística en los sabios, los científicos y los grandes conductores de los pueblos, y también hay una mística en las almas humildes y sencillas quienes, aún sin preocupaciones religiosas en términos tradicionales, hacen de la renuncia, del trabajo y del sacrificio un modo espontáneo de participación en la gran corriente creadora de la vida, un sentir/unitivo que revela el sentido trascendente de la obra.

La segunda función de síntesis es la **ley**. Conocemos las leyes físicas, biológicas y sociales que regulan el funcionamiento del hombre en el mundo, pero nos falta descubrir la ley que es intrínseca al hombre mismo.

Las grandes religiones han revelado la Ley Divina que orienta el destino de “todos” los hombres, y la ciencia descubre las leyes más generales del universo, pero más allá de estos marcos generales, cada uno de nosotros necesita descubrir la ley

que señala nuestro propio lugar en el orden cósmico y el sentido de nuestra propia existencia en el orden humano.

El fundamento de esta nueva ley no es metafísico, es vocacional. Vocación es la nota-clave del ser, el nombre propio que se ‘entona’ desde adentro. Es el fundamento vibratorio, fonético, de la ética específicamente humana (fon-ética).

La nueva ética no es sólo formal sino **sustancial**; no sólo está escrita en los códigos sino **in-scripta** en la vida (es la “signatura” del mensaje). Dicha ley intrínseca se in-scribe como con-figuración arquetípica en el cuerpo social de la humanidad antes de ser formulada por el legislador; es vivida por la comunidad espiritual antes de traducirse en códigos de la sociedad civil. Al decir que el mensaje del futuro se inscribe como código vibratorio en el **cuerpo** de la humanidad queremos destacar que se trata de una ley sustancial, de una ley orgánica (el organismo se enriquece con un aporte ‘gen-ético’ que le permite construir nuevas funciones, nuevos órganos, nuevas instituciones. Esta “signatura” sutil, invisible pero poderosa, es la que cambia la trayectoria de los movimientos habituales de la conducta humana (no sólo de la conducta social, sino también de la conducta molecular y atómica del organismo físico). Este cambio de sentido en los movimientos de la vida arrastra la materia orgánica a un nivel más elevado de conciencia, y la fisiología de la naturaleza elemental (la del hombre animal) adquiere la jerarquía de una fisiología ética (la fisiología del hombre espiritual).

Si la primera función de síntesis (la **unión**) conduce a una **mística**, y la segunda (la **ley**) funda una **moral**, la tercera función antropológica (la **fuerza**), es el principio energético de la **economía humana**.

¿Qué es economía humana? Antes que una ciencia del hombre es una función de la vida que tiene como soporte concreto para su desarrollo el **trabajo humano**.

Los sistemas económicos actuales están en crisis porque se fundan en teorías que no responden a las necesidades de desarrollo humano. La sociedad materialista de nuestro tiempo ha reducido el trabajo a variable econométrica, despojando a dicha

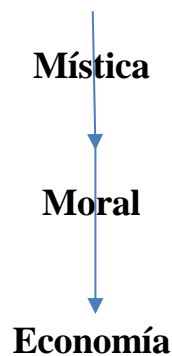
función de su sentido como “obra”. Hoy se lucha por el salario, no por la obra.

El trabajo es una función intrínseca al ser humano (no puede ser suplantado por un seguro de desempleo), y la ley que gobierna esta función debe poder manejarse desde adentro, desde el ser. Dirigir la economía humana desde afuera -desde los centros del poder político y económico- sería lo mismo que pretender controlar el metabolismo orgánico con planes de regulación del medio ambiente.

Dentro de la perspectiva de una economía humana del futuro, la función trabajo es una herramienta que permite el acceso a los bienes de la vida, y dichos bienes son tanto materiales como espirituales. En la economía del hombre total no sólo importa el crecimiento del PBI sino el desarrollo de la conciencia.

La energética del trabajo es tema fundamental para una economía humana del futuro. Hasta ahora hemos manipulado la fuerza del trabajo para transformar al mundo, pero la ciencia económica del mañana tendrá que enseñarnos a utilizar la energía del trabajo como combustible adecuado para la expansión de conciencia.

A esta altura de la descripción de funciones de síntesis podemos preguntarnos si el orden en que las hemos presentado: **primera**, **segunda** y **tercera**, es arbitrario o si responde a la propia geometría antropológica. Yo diría que se trata de una jerarquía de funciones humanas que se ordenan de arriba hacia abajo sobre un eje vertical de significantes.



En otras palabras, para una visión de síntesis, sin **mística** no hay **moral**, y sin moral no hay **economía**. Son tres funciones primordiales, pero a los fines de alcanzar el enraizamiento de estos principios en la vida humana concreta tenemos que preguntarnos, como Platón en el Timeo: “¿y el cuarto?”

El cuarto, la cuarta función, es la **forma**.

Si la primera pregunta antropológica es: “¿qué es el hombre?”, la última es: “¿qué es la humanidad?”. La primera es una pregunta metafísica, pregunta por el ser; la segunda es una pregunta sociológica, pregunta por la forma. La antropología del futuro busca la relación entre el ser y la forma, ¡una relación perdida!

A pesar de que algunos dicen que no hay tal Humanidad sino sólo un conjunto de seres humanos individuales (“¿la humanidad? -Eso es una abstracción. Nunca ha habido más que hombres, ni habrá más que hombres”- Goethe a Luden, citado por Spengler), a pesar de lo dicho, la nueva generación nace ya con un sentido de “solidaridad orgánica”. Empezamos a sentir el pulso, los latidos, la vida de un organismo mayor que no conocíamos. Estamos tomando conciencia de nuestro “cuerpo total”, de nuestro sentido de pertenencia en el cuerpo total de la humanidad. Este es el punto de partida para una sociología del futuro. De la organización pasamos al “organismo”.

¿Cómo se forma este nuevo organismo? -Se forma por participación de conciencia/energía individual a un “cuerpo místico” de potencialidad morfogenética.

¿Por qué digo “cuerpo místico” y no “cuerpo social”? -Porque el cuerpo social (como contrato político y organización técnica) ha perdido su capacidad genesíaca y ha entrado en una fase de “implosión de masa” (como bien lo hace notar Jean Baudrillard).

Estamos al fin de las revoluciones sociopolíticas (esto lo había advertido ya el gran Ortega) y al “fin de lo social” (en términos de Baudrillard), una época en que

los valores específicamente sociales están siendo sustituidos por la simulación y el espectáculo). Y también estamos llegando al “fin de las naciones”, como dice Teilhard de Chardin: “La era de las naciones ha pasado, es hora de construir la Tierra”.

¿Por qué vías se está llevando a cabo esta organogénesis planetaria?, ¿por un idealismo universalista? ¿por un comunismo utópico? ¿por un socialismo científico? ¿por un mercado común?, ¿por un circuito cibernético de comunicaciones? ¿O, acaso, por un camino que todavía desconocemos?

Se ha desencadenado en el planeta una extraña forma de guerra, ¡ya no combaten sólo los hombres sino también los dioses y los demonios! A medida en que esta gran conmoción planetaria va quebrando la estructura de las antiguas instituciones y des-estabiliza la propia materia humana (llamo conmoción planetaria a la ruptura de simetría provocada por las guerras mundiales, la violencia organizada, las migraciones en masa, la revolución científico/tecnológica, la explosión demográfica, las catástrofes ecológicas, el SIDA), a medida que todo esto ocurre, la **vida** del cuerpo de la Humanidad, sus líneas de fuerza, sus corrientes de ideas, se nos hacen visibles y palpables; su campo vibratorio irrumpe en nuestra conciencia y despierta en todos nosotros una nueva sensibilidad planetaria y cósmica. Tal vez siempre fue así, desde los albores de la raza, cuando los grandes cataclismos que ocurrieron en el planeta despertaron la conciencia y la sensibilidad de los primeros hombres. En el momento actual estamos aprendiendo -sin darnos mucha cuenta- a vivir en un nuevo cuerpo. Algunos pueblos han realizado ya la experiencia de vivir en grandes cuerpos sociales colectivos (la experiencia de Rusia y China, sobre todo), y se está realizando la experiencia de vivir en el espacio en cápsulas biocibernéticas, pero la conquista del hombre futuro será aprender a vivir en el cuerpo total de la Humanidad.

Este salto a una dimensión planetaria de conciencia se está realizando ya a través de nuevas instituciones sociales a la medida del hombre. Aquí lo grande es lo

pequeño (interiorización orgánica del arquetipo cósmico) y lo pequeño es grande (“small is beautiful”).

Si aún no alcanzamos a divisar estos nuevos organismos humanos y, por el contrario, las viejas instituciones se nos aparecen cada vez más fuertes es porque los nuevos modelos surgen como cuerpos invisibles y espacios vacíos que van siendo ocupados por los hombres y las mujeres que vienen, mientras que las generaciones del pasado luchan desesperadamente por conservar sus antiguos refugios.

Vivimos en una época de **gestación** de nuevas formas sociales, muchas de ellas frágiles y de corta vida (comunidades nacientes, arquitectura orgánica, agricultura biológica, economía socioespiritual, universidades alternativas, pedagogía sistémica), caminos aún poco transitados (algunos sin salida), pero que emergen aquí y allá en el planeta como torbellinos de vida humana renovada.

La investigación de estos “campos morfo-gen-éticos”, se anticipa como área fecunda para las ciencias humanas y sociales del futuro. El encauzamiento adecuado de estas nuevas formas creativas reclama hoy un nuevo magisterio universitario. Ya no es suficiente la universidad profesionalista, hace falta fundar la Universidad del Hombre. Los universitarios del futuro tendrán que ser, ante todo, maestros, educadores. No basta curar los males de una sociedad enferma, ni bastan los esfuerzos aislados. Los sociólogos, psicólogos, médicos, juristas, arquitectos, artistas, filósofos, educadores, tendrán que aprender a trabajar juntos para canalizar la poderosa energía humana que se está liberando en el planeta. No me refiero tan sólo a equipos multidisciplinarios sino a un nuevo tipo de organismo de investigación, aún poco conocido, que llamo “holograma humano”. Del paradigma holográfico pasamos al holograma humano, una nueva antena en el órgano del saber.

La Antropología de Síntesis no nace de un concepto del hombre sino de un “acontecimiento” en el hombre. No surge de la especulación filosófica ni de la dogmática teológica. No nace tampoco de la integración de la ciencia, sino de la unidad del hombre. Es la traducción intelectual de una experiencia viviente de

síntesis.

Hace más de veinte años (1966), cuando escribí “Gérmenes de Futuro en el hombre”⁽¹⁾, tuve la certeza de que en las aguas profundas de la vida, de mi propia vida, palpitaba ya el “germen primordial” de un nuevo ser-humano. ¡Primeras señales de una “embriogénesis prefigurativa” que anticipaba los rostros del porvenir!

Hoy, vuelvo a repetir lo que dije en aquel entonces: “el reloj cósmico marca una hora diferente”, y agrego: las estrellas anuncian el “mensaje” de un nuevo tiempo.

Una poderosa energía significativa ha hecho irrupción en el espacio interior de la antigua Naturaleza, acontecimiento paradigmático que cambia la geometría de la materia del mundo y deja su huella invisible en el alma del hombre: ¡revelación/conmoción, mensaje posmoderno!

El “canon” antropológico ha variado, nuestra relación con el Universo no es la misma, el ritmo de la fisiología humana es diferente. El hombre cósmico ha nacido, pero hace falta una ciencia que lo explique.

Antropología de Síntesis es el intento de abarcar en una unidad significativa la estructura funcional de esta “nueva Alianza”, con-figuración dinámica de signos que escapa a pronunciarse a sí mismo con una nueva palabra. Hemos nombrado a esta nueva identidad del ser humano con una palabra símbolo: “egoencia”.

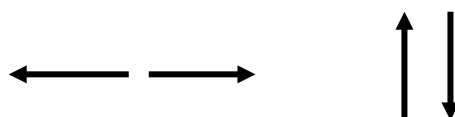
Egoencia no es un concepto, es una “vibración”, un nuevo “estado de la materia humana”. A partir de aquí, comenzamos a movernos en un terreno completamente diferente. Ya no hablamos de recuerdos del pasado sino de “gérmenes de futuro”. Se trata de un nuevo “código”, del ritmo energ-ético de una nueva “ley”. De la antropología filosófica pasamos a una antropología “fisiológica”. Ya no a una nueva “idea” del hombre sino a una nueva “molécula” de la vida.

Ocho años me llevó escribir “Antropología de Síntesis” (1980)⁽²⁾. La pregunta

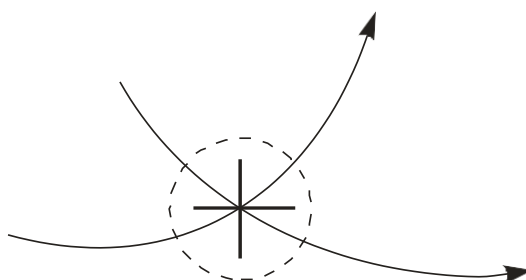
que me asediaba entonces era cómo traducir en conceptos la experiencia unitiva que vivía por dentro. En mi mundo interno habían caído los símbolos de los antiguos dioses, pero ¿cómo descifrar el código de la nueva ley? El lenguaje conceptual resultaba insuficiente. ¿Cómo articular el mensaje “vibratorio” del nuevo signo del tiempo con la palabra/sentimiento del nuevo hombre? Más que una nueva semántica se requería una nueva “fisiología”, una función “humana” que hiciera de puente entre la revolución científica y la revelación espiritual.

El mensaje posmoderno es profético/científico y esto es lo difícil de aprehender para una mente entrenada durante más de veinte siglos en la práctica de fragmentación del conocimiento. La epistemología de síntesis (“holoepistemología”) ya no se apoya en una lógica conceptual ni siquiera en lo que podría llamarse una lógica cuántica, ni tampoco en una metafísica ontológica, sino que se funda en configuraciones simbólicas de la vida total, geometría integrada del conocimiento-y-la vida, una “hologramática”.

Para ejemplificar de alguna manera este giro epistemológico, podemos decir que, mirando desde afuera, el mensaje posmoderno se nos presenta o bien como contradicción



o bien como paralelismo de doctrinas (semejanzas entre la mecánica cuántica y las filosofías orientales), pero, mirando desde adentro, el mensaje se nos da como “señales de convergencia”.



¿Cómo se descubren, cómo se descifran estas “señales de convergencia”?

-Ni se descubren ni se descifran, ¡se revelan! Y esto es lo difícil de captar para una mente que se mueve en una sola dirección del tiempo. Hoy, el “signo” del tiempo ha cambiado: nuestra vida se despliega en un tiempo diferente, pero nuestra conciencia sigue funcionando dentro de los paradigmas del antiguo tiempo. Por fuera, vivimos en el tiempo luminoso de la revolución técnica; por dentro, en el tiempo sombrío del “alma desilusionada” (Ortega). El “puente” entre estas dos dimensiones del tiempo ya no se puede realizar por una síntesis intelectual, un materialismo dialéctico o un idealismo espiritual, de valores (ciencia por un lado, mística por el otro sino por un nuevo instrumento “logotécnico”, emergente “fisiológico” co-evolutivo, nueva función “reversible” de la vida que hace posible transitar de una dimensión a otra, de un mundo a otro, que hace posible transferirse de la determinación concreta de la voluntad (“partícula”) al campo expansivo de la conciencia (“onda”). Esta nueva función, este nuevo “trans-sistor” en la fisiología del hombre cósmico que nace, trasciende la dinámica de contradicción de la mente racional y alcanza una nueva síntesis por “reversibilidad de valores”.

La Antropología de Síntesis -vuelvo a repetirlo- no se funda en una nueva teoría del conocimiento sino en una nueva función de la vida.

Esto no niega que dediquemos buena parte del discurso antropológico a la “teoría de funciones”, pero con la advertencia de que es la “función” la que explica la teoría y no la teoría a la función.

Es a partir de la activación de este “germen de futuro **en** el hombre” que se irán desplegando las funciones co-evolutivas de un nuevo organismo biológico/espiritual y las formas orgánicas de una nueva comunidad social. La antropología que emerge de este salto cualitativo ya no puede definirse como una nueva ciencia que explica al hombre, sino en términos de un nuevo hombre que se explica a sí mismo a través de la ciencia. La nueva función antropológica se manifiesta desde su origen como

“sentido de unión”, como un “sentir” **unido** al “ser”, como conciencia profunda de Sí, como “egoencia del Ser”.

La “egoencia”, como primera función de síntesis, como “signatura” de Alianza, como principio de individuación, emerge **antes** como mística que como ciencia. Por tratarse de un fenómeno naciente, fontanal en la intimidad del Ser, este “sentido de unión” no puede encuadrarse en las formas con que hasta ahora hemos reconocido a la mística. No se trata de una mística como dogmática sino de una mística como función: en el principio era la Unión.

La mística de nuestro tiempo nace como una mística del desierto. Primeros acordes de un nuevo sentir en la larga marcha por el desierto de la civilización moderna, un oscuro sentimiento de pertenencia cósmica y el súbito despertar de una conciencia expansiva. Pero el desierto tiene su propio poder disolvente, y muchos quedan por el camino, desdibujados en un “magma” humano que opera como “materia prima” de nuevas construcciones del espíritu.

La Antropología de Síntesis trata de des-cifrar el código genético de estas nuevas formas de creación/disolución; pone al descubierto algunas de las leyes generales que presiden el desarrollo co- evolutivo de esta “embriogénesis” planetaria y anticipa los valores energ-éticos fundantes (morfogenéticos) del derecho, la economía y la organización social del futuro. No sólo una teoría sino un instrumento, una herramienta (think tank) para utilizar el potencial logo-energético del mensaje del nuevo signo del tiempo como fuerza activadora del desarrollo co-evolutivo del conocimiento -y- la vida. ¡Nuevamente el fuego sagrado de los dioses en la mano del hombre!

Hoy podemos decir que el “fuego sagrado” ha sido encendido una vez más sobre la Tierra; pero, esta vez, ya no sobre la cumbre del Sinaí ni sobre la roca del Cáucaso, sino en la propia materia del corazón del hombre (su “corazón atómico”). ¡El desafío para la nueva humanidad no es ya encender el fuego sino mantenerlo encendido!

Hasta ayer nomás yo creía que era suficiente un ideal para sostener la vida; ahora comprendo que es necesaria la vida para sostener el ideal.

¿Cuál es el combustible adecuado para sostener esta “reacción de fusión”? -La “materia” de nuestra propia vida, nuestras “posesiones”, el deseo ancestral de retener la vida en una forma. Un nuevo metabolismo, una fisiología de “reversibilidad de valores” (por desintegración de materia, radiación de energía y expansión de conciencia). Nueva dimensión del mensaje de renunciamento preservado por las grandes tradiciones espirituales de la humanidad, pero ahora, como mensaje de renuncia del nuevo signo del tiempo, ya no solamente como mística de salvación del alma sino como ciencia de la vida; no sólo como trascendencia espiritual sino como ley de desarrollo social, un nuevo sentido del derecho, la economía y el trabajo.

Bibliografía

1. Muñoz Soler, Ramón Pascual, “Gérmenes de Futuro en el Hombre”, Arayú, Buenos Aires, 1967 (“Germes de Futuro no Homem”, Editora de Cultura Espiritual, São Paulo, Brasil, 1978).

2. Muñoz Soler, Ramón Pascual, “Antropología de Síntesis”, Depalma, Buenos Aires, 1980.

3.